

*Estación Final. La emocionante y desconocida historia de los peruanos que salvaron centenares de vidas en la Segunda Guerra Mundial*

Hugo Coya

Lima, Aguilar, 2010, 158 páginas, ISBN: 978-9972-848-37-7

RESEÑA

**José Ragas**

University of  
California, Davis,  
California, Estados  
Unidos

[jragas@ucdavis.edu](mailto:jragas@ucdavis.edu)

DOI

10.3232/RHI.2010.  
V3.N2.09

Para cuando llegaron a rescatarlos, ya era demasiado tarde. Ella llevaba varias horas muerta, luego de que su débil cuerpo soportara los rigores de una caminata que parecía no tener fin. En realidad, debió haber muerto antes, cuando sintió que ya no podía seguir y pidió a sus compañeros que la dejaran para no retrasar su marcha. Pero ellos se negaron a hacerlo y aun cuando no se encontraban en mejor condición física, entre seis lograron cargarla un trecho más, hasta llegar a una granja, donde se percataron de su fallecimiento. Una sencilla ceremonia en la que fueron depositados geranios blancos y rojos en recuerdo de su país de origen, puso fin a una vida de persecución y sobrevivencia.

La historia de Magdalena Truel Larrabure es una de las muchas que forman parte de *Estación Final*, libro de Hugo Coya, que ve la luz luego de varios años siguiendo la pista y rastreando a los sobrevivientes de origen peruano del Holocausto. En poco más de ciento cincuenta páginas, Coya nos cuenta una historia no sólo de valentía entre las víctimas de la intolerancia sino de vergüenza al enterarnos que en el momento más álgido de la persecución nazi, las autoridades peruanas habrían dado órdenes expresas para prohibir la entrada a quienes profesaran el judaísmo. Aun cuando esta exclusión se dio bajo una dictadura como la de Augusto Benavides, con el retorno a la democracia no desapareció la hostilidad hacia los potenciales refugiados del terror nazi. Los debates parlamentarios citados en el libro son un reflejo de las actitudes hacia los judíos que existían en la opinión pública, las cuales oscilaron desde la abierta animosidad hasta la indiferencia más extrema.

El Holocausto no es un tema ajeno al Perú y ha servido como un referente en diferentes momentos y contextos. Una de las primeras referencias que encontramos fue la puesta en escena de *El Diario de Ana Frank* a fines de los años cincuenta, y que tuvo gran acogida en Lima y Huamanga (Ayacucho), llegando a contar incluso con la presencia de un miembro de la familia de Ana. No hace mucho (agosto 2010), se realizó una exposición que enlazaba precisamente la historia de Ana Frank y el Holocausto con lo ocurrido en el Perú

durante el Conflicto Armado Interno. En ese sentido, lo ocurrido en Europa durante los años 30 y 40 se presta como un referente para entender la insania que desató la violencia política en Los Andes desde 1980.

Como vemos, la *shoah* dista mucho de ser un referente lejano e impersonal, por lo que el libro de Coya contribuye a llenar los vacíos que quedan en este pasado común de horror, pero también de resistencia. Los primeros peruano-judíos en llegar a un campo de concentración lo hicieron en marzo de 1943. La muerte que encontraron en los campos fue el final de una larga travesía en por lo menos dos o tres continentes y que tenía al Perú como uno de los puntos de la trayectoria. Quienes llegaron a territorio peruano buscaron los medios para adaptarse y formar una familia, hasta que los apuros económicos o la búsqueda de una mejor posición y educación los lanzaron nuevamente a buscar fortuna en Europa, donde los encontró la guerra y la política racial nazi. Por otro lado, el libro de Coya también ha desenterrado una historia menos conocida: aquella que cuenta la participación de dos judíos peruanos —los hermanos Eleazar y Jabijo Assa— en la revuelta y escape del campo de Sobibor, la única experiencia exitosa de este tipo durante todo el tiempo de la *shoah*, aun cuando ellos no compartieron la suerte de más de la mitad de prisioneros que escapó sin ser alcanzados por las balas de los guardias. Pero no todos murieron de esta forma: otros, como Sarah Levy y sus hijos Michèle y Gérard, lo hicieron en las cámaras de gas mientras que Héctor, padre y esposo, fue fusilado cuatro meses después.

Algo que llama la atención del libro es la manera en que el autor utilizó las redes sociales para su investigación, ya que de acuerdo a como es promocionado en la contraportada, su investigación sería pionera en el uso de este tipo de herramientas para reconstruir un episodio del pasado. Como sabemos, estas redes ya no son usadas en la actualidad sólo como circuitos de comunicación sino como fuentes en sí mismas, tal como ha ocurrido con el Twitter y el reconocimiento por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de su potencial como un archivo virtual de información, ya que va a almacenar los casi 50 millones de mensajes (o *tweets*) que se producen diariamente desde que esa red fue creada en 2006. Para quienes, como historiadores, intentamos incorporar las nuevas tecnologías a nuestro oficio, la forma cómo llevó a cabo el autor su investigación nos sería de mucha utilidad para ampliar el concepto de archivo, restringido hasta no hace mucho al material impreso.

No cabe duda de que un estudio como éste podría también ayudar a estimular la investigación de otros casos, como el de aquellas víctimas no judías, pero sí peruanas. Uno de ellos fue Emilio Ribeyro, tío abuelo de Julio Ramón Ribeyro, quien —según cuenta este último— participó de una estafa en contra de japoneses cuyas propiedades habían sufrido saqueos en los aciagos años 30. Con el dinero mal habido, se mudó a París, donde lo sorprendió la guerra y murió en un campo de concentración.

El libro de Hugo Coya es una bocanada de aire fresco en el abordaje de los temas de historia contemporánea. Asimismo, la inteligente combinación de metodologías clásicas como la entrevista y la historia oral con otras como el uso de las ya mencionadas redes sociales debe ser una llamada de atención para quienes, como historiadores, tratamos de sortear las dificultades que existen con el acceso a las fuentes. La obra muestra cómo se puede trabajar

temas recientes sorteando el problema de la documentación, más aun si éstas no sólo están dispersas sino con restricciones que pesan sobre ellas, como aquellas que se encuentran en los archivos diplomáticos peruanos. Otro aspecto del cual los historiadores podemos aprender es la forma en que esa área se mueve entre el rigor metodológico y la difusión. Así, *Estación Final* se convierte en un texto desafiante a la vez que ameno, características que quienes escribimos sobre el pasado anhelamos transmitir a nuestros lectores.